

ARNAU

De Cristina Corral Oliveras

Tengo miedo. Me tiemblan las manos, babeo, tropiezo. Ayer por la noche me desplomé. Desperté a Rosa. Me supo mal por ella. Es tan buena... Nunca me falta la mermelada de arándanos. ¡Me gusta tanto! Rosa lo sabe. Es lo único que como en las últimas semanas. Mi mermelada con tostadas. Lástima que no puedo cogerlas. Lo intento, pero las fuerzas me fallan. Mi mano se rebela y no quiere llegar a la boca. Parece un largo viaje que no llega a término por culpa de un huracán. Empieza el trayecto con fuerza pero acaba cediendo como arrastrada por un vendaval. Entonces llega Rosa, me pone el babero como si fuera un bebé y me ayuda con la tostada. Me siento bien. Al principio me daba vergüenza, se me encogía el corazón y creo que incluso me ponía colorada cuando me ayudaba a casi todo: a comer, a vestirme, a bañarme... Ahora incluso me gusta. La veo tan contenta de poder ayudar... Es como un ángel que está en mi casa para hacerme feliz. Mi hijo Arnau la contrató cuando el cáncer llamó a mi puerta. Ella y la quimio llegaron de la mano. A la quimio la odié, a ella la amo. Me endulza la vida. Y no precisamente por la mermelada.

Tengo frío. Miro por la ventana. Hace sol. Es verano e intuyo que debe hacer mucho calor. Pero mi cuerpo no reacciona. Siempre está como si estuviéramos en una estación de esquí. Recuerdo tanto mis bajadas por la nieve... No sé por qué pero hace unos días que pienso en muchas cosas que me han pasado. Todas felices. Mi graduación, mi boda, mis medallas de slalom de esquí, el nacimiento de mi hijo. Todo vuelve. Y sonrío. Rosa me mira, sabe que pese a la enfermedad soy feliz. Lucho, no me rindo, me levanto, vivo. Mis sentimientos se entremezclan continuamente. Me aferro a una mínima mejora para soñar despierta en una curación milagrosa. Hace unos días vinieron a verme un médico, una asistente social y otra señora muy amable. Hablamos de todo un poco, me gustó, me evadí durante un rato. Sé que me queda poco. Meses, semanas, días. Hoy no me encuentro muy bien. Cierro los ojos y veo a Arnau. Su ausencia me duele más que la enfermedad.

Rosa me ayuda a levantarme, me acaricia el poco pelo que empieza a asomar en mi cabeza pelada y me guiña un ojo en plan cómplice. Andamos un poco por la casa como si estuviéramos en un parque lleno de rosas y árboles frutales. Me imagino que mil pájaros revolotean a mi alrededor. Cada día salimos a pasear, doblamos la primera a la izquierda y entramos en el cuarto de plancha. Desde allí miro por la ventana y cotilleo la ropa que ha colgado mi vecina Chantal. Creo que es prostituta de lujo. Su ropa me chifla y en especial esas braguitas rojas con el hilo tan fino. A mí nunca me gustó llevar tanga. Me siento junto a la tabla de planchar porque estoy agotada. Cada día me cuesta más acabar el paseo. Le digo a Rosa que hoy no continuaremos hasta la terraza. Necesito descansar. No sé que hora es pero es de día. Me da igual. Quiero ir a la cama.

Al día siguiente no estoy mejor. Diría incluso que estoy mucho peor. Pienso en Arnau, en lo poco que viene a verme. Sé que el también tiene miedo, que no sabe que decirme. Es un buen chico. Cuando su padre se fue de un plumazo tras un infarto, lo pasó peor que nadie, le costó aceptarlo, necesitó ayuda. Sufro por él que por mí.

El dolor es intenso, cada vez tengo más frío y noto que las piernas se me están encogiendo. Intento alargar la mano para tocarme las rodillas pero se me hace un mundo, no llego. Se acerca el fin, lo noto. Escucho pasos y voces ahogadas en el pasillo, incluso creo oler a Arnau, al Arnau recién nacido. Le recuerdo tan bien cuando se

agarraba a mi pecho y succionaba mi leche. Creo que esos fueron los mejores momentos de mi vida. ¿Habrà venido? ¿Estarà fuera? Se abre a puerta de mi habitación pero es ella, Rosa. Me coge la mano, comprueba si la morfina que el doctor me ha puesto a primera hora de la mañana està haciendo efecto, me tensa la sàbanas y me besa la frente. No la miro, tengo los ojos cerrados, mi mente està muy lejos y yo estoy sentada en el porche de una casa de campo con Arnau en mi regazo. Le huelo y me sumerjo en ese olor a lavanda tan suyo. Me pesan los párpados, noto un alivio que recorre mi cuerpo, me duermo...

Arnau, vendrás ¿verdad?



T'escoltem



Et guiem



T'ajudem